

tender á lo largo sobre pedazos ardientes de barro cocido. Entonces, dice el P. Orsi (lib. 9, n. 11.) sintiéndose el Santo penetrado hasta las entrañas de un agudísimo dolor, recorrió á Jesucristo, rogándole que se lo mitigase algun tanto; y confortado por él, siguió sufriendo con fortaleza aquel hórrido tormento.

8. El tirano le mandó poner por tercera vez sobre el ecúleo, haciéndole estirar y dilacerar como la primera vez. Mas desesperado al fin de poderle vencer, le condenó á perder la cabeza, y á ser quemado su cuerpo despues de la muerte. Llegado el Santo al lugar de la ejecucion, dió gracias al Señor por el beneficio de haber superado los tormentos, y le suplicó que concediese la paz á la Iglesia; y vuelto despues á los cristianos que le rodeaban, y se deshacian en lágrimas, les consoló, queriendo que tambien ellos diesen gracias á Dios por su victoria: y despues de haberles prometido su asistencia en el cielo por sus oraciones, dió su cuello al verdugo, y alcanzó la corona del martirio. Su cuerpo fué puesto sobre la pira para ser quemado, mas apareció resplandeciente con tanta luz, que nadie se atrevió á tocarle, y se le dejó allí bajo la custodia de los soldados.

9. En aquel mismo dia llegó á Ancira el sacerdote Fronton, que conservaba aun el anillo que le habia dado Teodoto en prenda de lo prometido, al decirle que Dios proveeria de reliquias para colocarlas en el lugar de *Malo*, como queda ya referido. Este sacerdote llevaba cabalmente una pollina cargada de buen vino, y esta cayó cerca del lugar en donde se hallaba el cuerpo del mártir, y entrada ya la noche, los soldados que le custodiaban debajo de una tienda que allí habian levantado, invitaron al sacerdote á cenar con ellos. Fron-

ton aceptó el convite, y en muestra de agradecimiento les hizo participar de su vino, del cual ébrios los soldados, se pusieron á dormir. Entonces el sacerdote, admirando la providencia divina, toma el cuerpo de Teodoto, y colocándole en el dedo el anillo, le cargó sobre la pollina, que por sí misma se dirigió hácia el lugar de *Malo*, y se paró en el mismo paraje en donde despues fué edificada una iglesia bajo el nombre de S. Teodoto, cuyo martirio sucedió al principio de la persecucion de Diocleciano, el año 303. Y despues, segun afirma el P. Orsi, la historia de este Santo fué escrita por un tal Nilo, que fue grande amigo de Teodoto, y testigo ocular de lo que refiere.

§ XIII.

LOS SANTOS TRIFON Y RESPICIO.

1. Estos dos santos mártires Trifon y Respicio nacieron en la Bitinia. Eran entrambos jóvenes, y como desde niños habian sido educados en la fé cristiana, llevaban una vida virtuosa y ejemplar. Aquilino, que era el gobernador de la provincia, habiendo sabido que eran cristianos, los hizo prender; y al verse ellos presos por la tropa, dieron gracias á Dios que les hacia dignos de padecer por su amor. Ofreciéronle desde luego el sacrificio de sí mismos, rogándole al mismo tiempo que les diese vigor para perseverar firmes en la fé hasta la muerte. Fueron despues conducidos á Nicea, y sepultados allí en un calabozo. Aquilino, cuando los

tuvo á su presencia, les preguntó acerca de su estado y fortuna; y respondieron ellos: — Los cristianos no saben que cosa sea la fortuna, pues creen que Dios es el único regulador de todas las cosas, segun su voluntad y su sabiduría infinita. Los ministros que rodeaban al gobernador, les dijeron: — Todos los que pertenecen á vuestra religion deben ser quemados vivos si no sacrifican á nuestros dioses, pues así lo mandan los emperadores. Respondieron entonces los santos presos: — Tan distantes estamos del temor de padecer por nuestra religion, como que lo estamos deseando.

2. Y el gobernador les dirigió estas palabras: — Mas vosotros os hallais ya en edad de no ignorar lo que hacer conviene. — Sí, respondió Trifon, ya lo sabemos, y por esto seguimos á Jesucristo; y todos nuestros deseos son el llegar á la perfeccion de aquella sabiduría increada. Y sabemos tambien que para llegar á este logro inefable, no hay senda tan segura como la que hemos empezado á andar. — Entendia hablar del camino de los sufrimientos. Viendo el juez que estaban firmes en la fé, les puso á entrambos en el tormento. Al oír ellos la orden, quitáronse por sí mismos sus vestidos, y colocados sobre el ecúleo, sufrieron los tormentos por tres dias enteros, sin quejarse ni dar la menor señal de debilidad. En todo aquel tiempo no abrieron su boca sino para invocar en su auxilio el nombre de Jesucristo, y hacer entender á Aquilino la eterna condenacion á que se esponia siguiendo en adorar á los ídolos. Mas Aquilino despreció todas sus exhortaciones, y partiendo de allí para ir á la caza, dejó la orden que los santos mártires fuesen espuestos desnudos al rigor de un viento helado é impetuoso que so-

plaba entonces, hasta su regreso. Y así se ejecutó, y la intensidad del frio abrió en sus piernas varias grietas.

3. De vuelta el tirano de la caza, mandó que de nuevo se le presentasen los santos mártires, y les dijo: — ¿ Con qué, en suma, no quereis por fin obrar como cuerdos? — Esto es cabalmente, dijo Trifon, lo que procuramos alcanzar, por medio del culto que damos á nuestro Dios. — El gobernador los mandó otra vez al calabozo, y despues de varios viajes, volvió á Nicea, en donde, haciéndose venir de nuevo á los Santos, les habló con afabilidad, prometiéndoles honores y riquezas si obedecian á los emperadores. Mas viéndoles constantes, — habed piedad, les dijo, de vuestra juventud, no así desecheis los favores de que podemos colmaros. — Respondió Trifon. — De ningun modo podemos seguir mejor vuestros consejos, que perseverando en confesar á Jesucristo.

4. Airado por fin Aquilino, ante todo les hizo arrastrar por las calles de la ciudad. Luego les mandó azotar cruelmente, hasta fatigar á los verdugos: quiso despues que los costados y las costillas les fuesen desgarradas con uñas de hierro, y últimamente hizo quemar sus llagas con antorchas. Pero en medio de tan acerbos dolores, los santos mártires exclamaban: — O Jesus, Señor nuestro por quien combatimos y sufrimos, no permitais que nos venza el demonio; oíd nuestras súplicas, y haced que lleguemos al término suspirado de nuestra carrera. — Y así seguian los Santos, hablando de Jesucristo, sin responder una palabra á Aquilino, quien, mientras sufrían los tormentos no dejaba de importunarles para que sacrificasen á sus dioses: mas viendo el tirano que era tiempo perdido, les mandó

decapitar, lo cual se verificó cerca el año 251. Sus actas las refiere Ruinarth.

§ XIV.

S. ROMAN DIACONO.

1. Admirable es el martirio de este Santo, y se halla celebrado por los escritores tanto de Oriente como de Occidente, segun afirma el P. Orsi, citando á Eusebio, á S. Juan Crisóstomo y á Prudencio en sus respectivos lugares en que hacen mencion de aquel. S. Roman fué Sirio, y nació de padres cristianos y nobles. Aplicado desde muy jóven al estudio, adelantó muchísimo por el ingenio de que estaba dotado; pero su mayor aprovechamiento fué el que hizo en la ciencia de los santos, por la santidad de sus costumbres, y por el zelo que tenia por la religion. Cuando empezó la persecucion de Diocleciano, hallábase ya diácono de la Iglesia de Cesarea, en donde para confortar á los fieles á sufrir aquella inmensa tribulacion, fué recorriendo todas las casas. Su obispo le envió á Antioquía para algunos negocios de urgencia, y al llegar allí Roman en el año 303, halló que se estaban demoliendo las iglesias por orden de los emperadores. Esto le afligió profundamente, pero mucho mas dolor sintió al ver la caida de muchos cristianos que se presentaban para sacrificar á los ídolos, aterrados por las penas que fulminaban los jueces. Transportado pues por su zelo, y no reparando en su peligro, metióse entre la muchedumbre de aquellos apóstatas y exclamó: — ¡ Ah ! hermanos míos, ¿ qué estais haciendo? Vosotros abandonais al verdadero Dios, á vuestro Redentor, para entregaros á los demo-

nios vuestros enemigos? Ofreceis incienso á dioses de bronce, de piedra, de madera; y quereis adorar como dioses á los que han sido los mas malvados de los hombres?

2. Con tales exhortaciones logró mucho, pues no solo contuvo á los que para caer estaban, y afirmó á los constantes, sino que levantó á los que se habian envilecido, y los dispuso para resistir todos los insultos de sus enemigos. Cuenta el P. Orsi, refiriéndose á Prudencio, que el prefecto del pretorio llamado Asclepiades, despues de haber enviado soldados á la iglesia á ofrecer víctimas á los ídolos sobre las sagradas aras, mandando que en seguida fuese arruinada la iglesia, halló en el Santo firme oposicion á tan impío sacrilegio, diciendo á los satélites del tirano, que si inmolar querian una víctima, él estaba pronto á ofrecer á su Dios el sacrificio de su vida. Oido esto por Asclepiades, dió orden de prender á Roman. Podia muy bien al saberlo huir el santo, pero no quiso, antes fué al encuentro de los soldados, y presentado al tribunal, confesó ser cristiano, y haber alejado á los fieles de obedecer el edicto imperial, porque decia que era impío. — Ya me figuro, añadió, que esta mi confesion me sujetará á los tormentos, pero espero sufrirlos con constancia por amor de mi Dios, pues ningun delito he cometido.

3. Mandó el prefecto que fuese estendido sobre el ecúleo y dilacerado su cuerpo con navajas; pero como se le dijera que el santo era noble, mudó el suplicio, haciéndole azotar en su presencia por largo tiempo con azotes guarnecidos de balas de plomo. — Veremos, dijo el prefecto, si en medio de los suplicios hablarás con tanta insolencia. — Y respondió el santo mártir. — Lí-

breme Dios de ser jamás insolente; seré, si, fiel con la gracia de Jesucristo, y mientras tenga aliento no cesaré de publicar sus alabanzas, y de detestar vuestras supersticiones. — Y entre tanto sufría Roman aquel horrible destrozo en sus vivas carnes, no solo con paciencia sino con júbilo; por lo cual Asclepiades pateaba de corage, y procuraba forzarle á callar, ya estendiendo las manos hácia los verdugos para animarles á la cruel carnicería, ya, arrebatado de furor, alzándose de su silla para intimidarle. Comenzó despues á hablar en defensa de sus númenes, á los cuales decia que Roma era deudora de su universal imperio; y que él debia rogar á los dioses por la salud de los emperadores, castigando á aquel rebelde con la efusion de su sangre. Respondió Roman que no podía hacer súplica mejor por los príncipes y por los soldados, que abrazar todos la fé de Jesucristo; y que él no hubiera nunca obedecido al Emperador, si hubiera continuado este persiguiendo á los cristianos.

4. Irritado Asclepiades en especial por estas últimas palabras, mandó que el mártir fuese puesto en el ecúleo, y que con uñas de hierro le fuesen desgarrando los costados y el pecho hasta los huesos y las entrañas, en castigo de las audaces palabras que contra el príncipe y sus dioses había proferido. Mas como el Santo siguiese en burlarse de aquellos tormentos, alentando á los asistentes para que no hiciesen caso de todo lo que padecia, mandó el prefecto á los ejecutores, que con aquellas mismas uñas de hierro le dilacerasen la boca y el rostro. Pero el Santo les dió las gracias diciendo que de este modo en vez de una le harian abrir mas bocas para ensalzar las glorias de Jesucristo. Enfurecido el juez le

amenazó que le haria quemar vivo; llamándole obstinado en querer preferir á la antigua la nueva religion de Cristo muerto en una cruz. Mas de esto tomó pie el mártir para celebrar las glorias de la cruz, esplicando los misterios que en aquel santo leño se encerraban, y concluyó que si Asclepiades no entendia tales misterios, iba á darle de ellos una fácil prueba. Hágase venir aquí, dijo, un muchacho de pocos años, y díganos, que religion debe seguirse, si la que adora muchos dioses ó la que rinde culto á un solo Dios. El prefecto aceptó el partido: hizose venir un niño destetado de poco tiempo, y Roman le preguntó: — Dime, niño mio, ¿cual es lo mejor, venerar á Jesucristo, ó á muchos dioses? — Respondió el niño que el verdadero Dios no podia ser sino uno, y que el creer en mas dioses era inconcebible. A tal respuesta quedó confuso el tirano, y no sabiendo que decirse, se dirigió al niño y le dijo: — ¿Quien te ha enseñado esto? — Y respondió el niño: — Mi madre, y á mi madre Dios. — Entonces Asclepiades tuvo la crueldad inaudita de hacer arrancar á la fuerza el niño de los brazos de su madre, y azotarle tan atrocemente que quedó todo magullado y cubierto de sangre, y despues le hizo cortar la cabeza. La Iglesia celebra en el 18 de noviembre la fiesta de este niño mártir, llamado Barula, que quedó bautizado en su propia sangre. La buena madre, que era ya cristiana, oida la sentencia proferida contra su hijo, le llevó ella misma al lugar del suplicio, y dándole al verdugo sin quejarse, le besó, y le dijo que se acordase de ella en el cielo, y estendió despues su vestido para recoger aquella sagrada cabeza, llevándosela consigo á su casa como preciosa reliquia.

5. El inhumano Asclepiades, en vez de quedar con-

movido por el portentoso que llenó de asombro á todos los circunstantes, mostróse mas furioso y más cruel. Hizo poner otra vez en tormento á S. Roman, á quien llamaba el autor de todos aquellos males, y allí le hizo desgarrar tan acerbamente que le saltaron los pocos restos de carne que habia conservado. Mas el Santo insultaba la flaqueza de los verdugos, diciendo que no habian sabido privarle de la vida. Y oido esto por el prefecto, dijo: — Ya que tanto deseas acabarla, voy á satisfacer tus deseos; presto serás consumido por las llamas y reducido á cenizas. — Y S. Roman, mientras le conducian los verdugos, vuelto al tirano, le decia: — ¡Pérfido! apelo á mi Cristo de esta tu cruel sentencia. — Esto decia para que entendiésemos el tirano, que algun dia tendria que dar cuenta de todo al supremo Juez. Y entonces dictó Asclepiades la sentencia final, con la que condenó al mártir á las llamas.

6. Entretanto aparejada ya la hoguera, sobre la cual debia el santo ser abrasado, mientras los verdugos le ataban al palo, dijo el Santo que sabia no serle destinado por Dios aquel género de martirio, y que faltaba todavía otro gran milagro que debia obrarse con universal asombro. Y así fué; pues que al momento cubrióse el cielo de densas nubes y empezó á diluviar en abundancia, motivo por el cual los verdugos á pesar de todos sus esfuerzos no pudieron hacer que ardiese la leña, por mas que la hubiesen rociado con aceite y betun. Esto causó en el pueblo grande confusion: el hecho fué reportado al emperador, y mientras se estaba aguardando la respuesta, el Santo preguntaba burlándose á los ejecutores: ¿Donde está el fuego? Inclinábase el emperador á libertar á un hombre sobre el cual veia

tan patente la proteccion del cielo; pero Asclepiades se lo disuadió, y alcanzó que al Santo se le cortase aquella lengua que tantas veces habia blasfemado de sus dioses. Vuelto pues al foro, y habiéndose hecho venir á Roman; mandó á un cirujano llamado Aristones que le cortase la lengua, lo cual se verificó al momento. Y habiendo el Santo presentado con presteza la lengua, le fué cortada hasta su raiz, y le chorreó por la boca un rio de sangre sobre las espaldas y el pecho. Nuevo prodigio fué que Roman viviese despues de aquella bárbara ejecucion; pero el mayor prodigio fué que siguiésemos hablando. Escribe Eusebio que habia en su tiempo muchas personas que habian presenciado aquel milagro.

7. No contento Asclepiades con todo lo que habia hecho, quiso de nuevo probar la constancia del Santo, haciendo preparar un altar con fuego é incienso y algunas carnes de animales, y mandando que viniese allí Roman, le exhortó á que sacrificase, y le dijo por burla que le daba permiso para hablar. Mas entonces levantó la voz el Santo, y respondió que no debia maravillarse de que no faltase jamás la palabra al que predicaba á Jesucristo, á quien estaban sujetas como á su árbitro supremo todas las leyes de la naturaleza; y que así le daba este la facultad de hablar sin lengua. El tirano no sabia que oponer á aquel nuevo prodigio, fingiendo sospechar que el cirujano le habia burlado; mas este dijo para disculparse que se examinase la boca del Santo, y fué realmente hallada sin lengua; y para mayor prueba del milagro, habiéndose hecho cortar la lengua á un reo ya condenado á muerte, espiró este al momento.

8. S. Roman fué conducido de nuevo á la cárcel en

donde le tuvieron muchos meses, sin dejar de seguir en predicar la gloria de Jesucristo. Y si antes de aquella ejecucion balbuceaba algun tanto, siguió despues hablando con todo desembarazo. Llegada despues la solemnidad de los Vicenales de Diocleciano, se dió libertad á todos los presos menos á S. Roman, el cual, en su misma cárcel, sujetado de pies en el potro hasta el quinto agujero, fué estrujado por la garganta, y voló á recibir en el cielo el premio de tantos sufrimientos, á 17 de noviembre del año 303. S. Juan Crisóstomo y otros Padres han celebrado con altos encómios la memoria de su glorioso martirio.

§ XV.

SANTA CRESPINA.

1. Santa Crespina fué célebre por toda el Africa, y de su martirio hace S. Agustin honorífica mencion en muchos lugares. Era noble y rica y tenia muchos hijos. Cuando la Santa se vió en peligro de perder á sus hijos, los bienes y la vida en la persecucion que en su tiempo dominaba, en vez de entristecerse, se llenó por ello de júbilo, pues era cristiana desde sus mas tiernos años. Cuando fué arrestada en su ciudad de Tagara por orden del procónsul Anulino, y presentada despues á su tribunal, se le preguntó si sabia los edictos imperiales, que mandaban á todos sacrificar á los dioses del Imperio; ella respondió: — Nunca he sacrificado ni jamás sacrificaré sino á un solo Dios y á nuestro Señor Jesucristo su Hijo, que nació y padeció por nosotros. — Entonces le dijo Anulino: — Déjate, madre de fami-

lias, de estas supersticiones, y adora á nuestros dioses. — Yo adoro todos los dias, replicó Crespina, á mi Dios, fuera del cual no conozco otro. — Ya pues, le dijo el juez, que eres obstinada y desprecias á nuestros dioses, será menester que pruebes la fuerza de nuestras leyes. — Y contestó la Santa: — Con el mayor gusto padeceré cuanto sea necesario sufrir por la fé. — Yo te haré leer, dijo el procónsul, el decreto imperial á que debes obedecer. — Y respondió la Santa: — Yo observo los mandatos de mi Señor Jesucristo. — Mas tú perderás la cabeza, replicó Anulino, si no obedeces la orden del emperador, como la obedece toda el Africa. — Nó, no se dirá jamás, respondió la Santa, que alguno me haga sacrificar á los demonios: yo solo sacrifico al Señor que crió el cielo y la tierra.

2. Insistió el procónsul en exhortarla que obedeciese las órdenes de los príncipes, pues que de otro modo no podria evitar la cólera del emperador. Mas la Santa respondió con una santa intrepidez: No temo yo la furia de los hombres; todo el mal que estos pueden hacerme, es nada: no temo sino á aquel Dios que está en el cielo, y me tuviera por perdida para siempre si le ofendiese con un sacrilegio. — Replicó el procónsul: — Tú no serás sacrilega obedeciendo á los príncipes, y adorando á los dioses de los romanos. — Mas Crespina levantando la voz exclamó: — ¿Con qué pretendes tú que yo sea sacrilega con mi Dios, por no aparecer sacrilega á los ojos de los hombres? Nó, esto no lo lograrás. Dios solo es grande y omnipotente, criador del universo: los hombres son criaturas suyas; ¿qué mal pues pueden hacerme? Viendo Anulino que la Santa era mas firme en su fé, despues de haberle dirigido otras

inectivas y amenazas, mandó que por ignominia le fuese rapada la cabeza, y añadió que si ella seguía en su obstinacion, le haría perder la vida entre tormentos. A lo que respondió la Santa : — Nada se me da de la vida presente : solo temo perder la vida del alma, y ser condenada al fuego eterno. — Considera, dijo el procónsul, que si te obstinas, te mandaré cortar la cabeza. Y la Santa repuso : — Gracias daré á Dios, de que me haga digna de tanta dicha. Dios está conmigo, y me da valor para no ceder á tus sugerencias.

3. Entonces dijo Anulino : — ¿Para que sufrir por mas tiempo á esta muger impía? — Y mandó despues de una nueva lectura de las actas del proceso, que á Crespina le fuese cortada la cabeza por su obstinacion en no sacrificar á los dioses segun los edictos de los principes. Crespina, al escuchar la inicua sentencia, no se turbó, ni se quejó, sino que esclamó jubilosa : — Gracias doy por ello á Jesucristo, y bendigo al Señor que de tal modo se digna librarne de las manos de los hombres. Esta Santa consumó el martirio el dia 5 de diciembre, cerca el año 504. S. Agustin proponia á menudo el ejemplo de esta mártir en sus sermones, diciendo : *Ved á santa Crespina como lo despreció todo, hasta la vida por amor de Jesucristo. Podía ella vivir por largo tiempo feliz en este mundo, siendo rica y noble; mas no hubiera alcanzado la eterna vida. Sabiamente pues escogió vivir eternamente, antes que prolongar un poco mas la vida temporal.*

§ XVI.

SANTA DIONISIA Y OTROS SANTOS COMPAÑEROS DEL MARTIRIO.

1. En el siglo quinto fué muy cruel la persecucion de Hunerico rey de los Vándalos en el Africa contra los católicos, con el fin de obligarles á seguir la heregia de Arrio. Esta persecucion fué deseriada por S. Victor, obispo de Vite, que fué testigo, y hasta participe de aquellos padecimientos. El tirano en el año 485 espidió verdugos por toda el Africa, con órden de no perdonar á ninguno que fuese constante en la fé católica, por lo cual, en todas aquellas provincias se vieron ecúleos, azotes y cutastas, en donde muchísimos mártires consumaron el sacrificio de sus vidas.

2. Uno de ellos fué santa Dionisia, señora distinguida de la ciudad de Vite. Viéndola los perseguidores con mas ánimo que las otras, querian desnudarla para azotarla con varas, pero ella les dijo : — Pronta estoy á padecer; atormentadme cuanto os plazca, pero tened respeto á mi pudor. — A estas palabras se irritaron mas aquellos hombres desalmados, y la espusieron desnuda en medio de la plaza, arrastrándola despues con tanta crueldad que la sangre corria abundosa por sus blancas y delicadas carnes. En medio de aquellos tormentos atroces, dirigiéndose la Santa á sus verdugos, les dijo : — Ministros de Satanás! todo cuanto hacéis para deshonorarme se convertirá en honor y gloria mia. — Y al mismo tiempo animaba tambien á los otros al martirio, por manera que su ejemplo causó la salud de casi toda aquella ciudad.

3. Tenia la Santa un hijo único, por nombre Majórico, que era aun de tierna edad; y viendo que temblaba aquel pobre niño á vista de sus tormentos, le dió una mirada y le dijo: — Acuérdate, hijo mio, que somos bautizados; no perdamos pues el cándido vestido de la gracia, á fin de que, cuando venga Jesucristo á juzgarnos, no nos diga: arrojadlos á las tinieblas. Hijo mio, las penas que hemos de temer son las que no acabarán jamás, y la única vida apetecible es la que se posee siempre. — Alentado el hijo por aquellas palabras, sufrió tantos tormentos, que llegó á espirar en ellos. Después de muerto, le abrazó su madre, y no se saciaba de dar gracias á Dios por aquel beneficio recibido. Los verdugos pasaron en seguida á Dativa, hermana de Dionisia. Y luego se pusieron á atormentar á otros: Leonicia, Emilio, Terso y Bonifacio, llegando su ferocidad hasta arrancarles las entrañas, de suerte que todos perdieron la vida en aquellos suplicios.

4. Cuenta ademas S. Victor los grandes tormentos que hicieron sufrir á un hombre llamado Servo en la ciudad de Tuburbo. Primero le azotaron de tal modo que pusieron cárdeno todo su cuerpo, luego lo echaban al aire con cuerdas, dejándole caer á plomo sobre el suelo. Y después de haberle hecho sufrir por varias veces este suplicio, le arrastraron por las calles sobre agudas piedras, de modo que la piel arrancada le colgaba á pedazos sobre el vientre y costados; pero el santo mártir lo sufría todo con júbilo en defensa de la fé.

5. En la ciudad de Cucusa hubo otros muchos á quienes se dió la muerte por la misma causa. Entre ellos merece una mencion especial una señora llamada Victoria, á quien tuvieron suspendida en alto por largo

tiempo sobre las llamas, que por debajo la abrasaban. Mientras estaba la Santa en aquellos tormentos, el marido que habia renegado de la fé, apuró sus esfuerzos para pervertirla, y presentándole sus hijos, le decia: — ¿Porqué quieres, esposa mia, padecer tantos tormentos? Ten á lo menos piedad de estos hijos tuyos. ¡Ah! sométete á lo que manda el monarca, y consuela á tus hijos y á mí. Mas la sierva de Dios tapó sus oídos á estas palabras seductoras, apartó los ojos de sus hijos, y levantó su corazón á Dios. Viéndola los verdugos con las espaldas rotas y dislocados los brazos á fuerza de estar tanto tiempo colgada en el aire, la creyeron muerta, y la abandonaron, mas después de haber estado echada en tierra largo rato, se levantó, asegurando que una vírgen con solo tocarla la habia curado.

6. Añade S. Victor que en Tipasa, pais de la Mauritania, muchos católicos se reunian en una casa á hacer sus devociones, para no comunicar con un obispo arriano que los pervertia; mas el impío sectario de Arrio lo escribió á Hunerico, el cual envió allá un conde con orden de cortar la diestra y la lengua á todos aquellos Santos. La orden bárbara fué ejecutada, y quiso Dios que todos, aunque tuviesen la lengua cortada hasta la raíz, continuasen en hablar como antes. Asegura san Victor que aquellos confesores privados de lengua hablaban todavía cuando él escribia esta historia. esto es, tres ó cuatro años después de verificada aquella ejecucion; y hay otros autores que confirman la verdad de aquel milagro. Eneas de Gaza, filósofo platónico, aseguraba haberlos visto él mismo y oido hablar; y que para asegurarse les habia hecho abrir la boca, y les habia visto arrancada la lengua. Procopio, autor tambien con-

temporáneo, en su historia de la guerra de los Vándalos, hablando de Hunerico, atestigua que en su tiempo muchas de aquellas personas hablaban muy espeditamente en Constantinopla, y que dos de ellas, habiendo cometido un pecado de impureza, cesaron repentinamente de hablar. Afirma además el conde Marcelino en su crónica, que habiendo Hunerico hecho cortar la lengua á un católico, mudo de nacimiento, así que le fué cortada la lengua, habló, y empezó á tributar gloria á Dios. Y lo mismo afirmaba de otros que habia visto en Constantinopla, que sin lengua, hablaban perfectamente. Por último, lo mismo aseveró el emperador Justiniano en una de las leyes que publicó, asegurando haber visto él mismo algunos de estos hablar sin lengua. Mas no tardó mucho el Señor en castigar á Hunerico, haciéndole morir devorado vivo de gusanos, y despedazándose él mismo las carnes de rabia y desesperacion, como refiere S. Victor.

7. Relata tambien este santo obispo, que entre los muchos mártires del Africa habia muchas vírgenes que habian consagrado á Dios su virginidad; pero los arrianos que son enemigos de esta angelical virtud, como lo son por lo comun todos los hereges, no pudiendo sufrir la edificacion que daban al mundo aquellas castas y piadosas doncellas, las calumniaron ante el rey Hunerico, diciendo que ellas tenian escandaloso comercio con los obispos y sacerdotes que las dirigian; y tanto se encarnizaron contra ellas, que el infucio monarca las puso todas en tormentos á fin de que confesasen aquellos supuestos delitos. Las hacia colgar en el aire con pesos enormes en los pies, las hacia atormentar con planchas de hierro candente sobre los pechos, en las espaldas y en los costados. Las santas se

mostraron firmes en sufrir aquellos martirios; muchas de ellas espiraron á su violencia, y las que sobrevivieron quedaron corvas y con las carnes asadas hasta su muerte. El martirologio hace conmemoracion de estas santas mártires en 16 de noviembre.

§ XVII.

DE LOS SANTOS FILEAS Y FILOROMO.

1. Entre los innumerables mártires del Egipto y de la Tebaida, son dignos de loa especial los santos Fileas y Filoromo, por la nobleza y distinguida fama que en su respectiva patria gozaban, como dice Eusebio. Filoromo ocupaba en Alejandria un destino de consideracion, por el cual tenia que administrar públicamente justicia. Fileas habia tambien desempeñado los primeros cargos de la ciudad de Imaís en el Egipto. Nacido en el paganismo, habia tomado esposa, y tenia muchos hijos que eran todavía paganos cuando el Santo dió su vida por Jesucristo. Convirtiése en una edad muy adelantada; mas el Señor le colmó de tantas virtudes que mereció ser obispo de su misma patria.

2. Tenemos una carta suya, que siendo obispo escribió á su pueblo estando en prision y cercano á consumar su martirio, en la cual nos da á conocer el ardiente zelo que tenia por su querida grey, aunque se viese próximo á la muerte. En ella procura alentar á los fieles, dándoles valor para sufrir gustosos cualquier martirio por amor de Jesucristo, antes que faltar á la fé, presentando el ejemplo de tantos héroes cristianos, que teniendo fijos en Dios los ojos, caminaban alegres á la